

Costanzo Ferrero, Primer Capellán de la Colonia San Carlos*

Según las fuentes argentinas consultadas, Costanzo Ferrero nació en Villafranca 1, en la Provincia de Torino, el 4 de mayo de 1822, hijo de Matteo y Maddalena Artero. Entró en el convento franciscano de los frailes menores de San Bernardino de Saluzzo donde profesó el 24 de agosto de 1840 participando por alrededor de 14 años de la vida religiosa en Italia. El 24 de agosto de 1854 en el bergantín Antonieta 2 con un grupo de una quincena de hermanos de diversas provincias de Italia anterior a la unidad, bajo la égida de la Congregación de *Propaganda Fide*, que dependía directamente del Vaticano, se embarcaba en Génova con destino a Buenos Aires y, desde allí, probablemente remontando el río Paraná, llegaba el 31 de diciembre de 1854 al Convento de San Carlos en San Lorenzo de Santa Fe. El grupo, capitaneado por fray Pedro Durand, estaba compuesto por el padre Rafael de Camerino (fallecido durante el viaje), Giuseppe di Gesù, Costanzo Ferrero, Gaudenzio Santilli, Giuseppe Maria Zattoni, Francesco Tavolini, Francesco Signorini, Nicola Putignani, Filiberto Dogliani, Silvestro Tropini, Raffaele Lucchesi, Aurelio Boidi, Daniele Cingolani, Guido Achilli, Pasquale Bartolini, Valentino Boni, Teofilo Rosari, Pacifico Sbrilli y Antonio Bonti. La fecha de fundación de la localidad de San Lorenzo es el 6 de mayo de 1796, fecha en la cual llegaron los hermanos franciscanos que iniciaron la evangelización en la región. Padre Ferrero, Silvestro Tropini, Rafael Luccesi y Vincenzo Gianfranceschi fueron rápidamente enviados a la Reducción³ de San Jerónimo del Sauce.

El 21 de marzo de 1855 el padre Costanzo Ferrero fue elegido Prefecto de la Misión, cargo que ocupará hasta 1861; en aquel período visitó las reducciones indígenas a cargo de los misioneros franciscanos dejando recuerdo de ellas en sus Memorias 4, que contienen los informes sobre las actividades desarrolladas y de los indios que allí habitaron.

1 Un agradecimiento particular a la Dra. Graciela Alicia Bernhardt del Museo Histórico de la Colonia San Carlos por la ayuda prestada para la investigación. Erróneamente ha sido originario de Villafranca d'Asti, en Dionisio Petriella-Sara Sosa Miatello. *Italianos en la Argentina. Los Piamonteses*. Buenos Aires, 1995; pp. 183-184. Otros autores lo ubican como nacido en Villafranca, cerca de Pinerolo; otros, de Cavour. Las investigaciones realizadas en el archivo parroquial de Villafranca Piemonte no han logrado encontrar la partida de nacimiento de Costanzo Ferrero. Además los contactos con el archivo de los frailes menores de Torino donde se conserva el archivo del Convento de San Bernardino de Saluzzo, con el archivo Histórico de los frailes menores en Roma, con el archivo Histórico de *Propaganda Fide* en Roma no han permitido obtener noticias sobre el padre Costanzo Ferrero. Se agradece al amigo Gervasio Cambiano, la Dra. Paola Lombardi, el padre Priamo Etzi ofm y Mons. Luis Manuel Cuña Ramos y Silvio Genero por las investigaciones efectuadas en los archivos de Villafranca Piemonte, Torino, Roma y Cavour.

2 Miguel Ángel Piagentini, *Padres Franciscanos en San Jerónimo del Sauce*. Editorial Pampa, 2014. pp. 46-1138.

3 El término “reducción” es similar al de la “reserva indígena” en Norteamérica.

4 Sus Memorias manuscritas en las que describe el habitat de los indios del norte de Santa Fe y del Chaco y sus costumbres deberían estar conservadas en el Convento San Carlos de San Lorenzo de Santa Fe.

El Padre Pedro Iturralde en su trabajo 5 sobre este sacerdote escribe:

Ilustre, activo y emprendedor sacerdote. Acompañado por seis sacerdotes y un laico, restauró las misiones de San Jerónimo, San Pedro y San Javier, inmerso entre los indios montaraces, en las reservas aborígenes fundó nuevas misiones y transformó el aspecto moral y social de la región. Fue a las tolderías 6. En 1857 hizo un viaje arriesgado para aquellos tiempos, viajando con tres soldados y pocos indios en un tren a vapor, visitando lugares desconocidos con el único objetivo de evangelizar.

Durante el viaje, que duró algunos días, el grupo se detuvo en un lugar llamado Monte Aguaraz 7, donde fue visitado por los indios mocovíes. Aquí el padre Ferrero conoció al Cacique José Araya y visitó todas las tribus, familiarizándose con los aborígenes. En esa circunstancia, les pidió que se transfirieran a una reducción pero ellos eran reacios porque deseaban continuar alimentándose y viviendo como y donde habían vivido sus antepasados. Habló con el Cacique y le pidió que le indicase una localidad donde ellos hubiesen deseado vivir. El Cacique le señaló la antigua misión de San Pedro como posible localidad que podía recibirlos. El Padre Ferrero se entrevistó luego con el Cacique Bonifacio y otros indios de nivel inferior, logrando convencer a algunos para vivir en una Reducción. Se establecieron en un lugar llamado “Taperas de Balta”, a veinticinco millas al norte de la ciudad de Santa Fe: era el 25 de octubre de 1858. En la localidad había animales y dos carros de víveres. El lugar fue llamado más tarde “San Francisco Solano”. Construyeron un fortín, una capilla y una casa, sembraron maíz, porotos, zapallos y papas: así comenzó a tomar forma un lugar donde los indios podían vivir. Después de un breve periodo el Cacique Bonifacio con otros indios saqueó la reducción. Frente a esta situación de violencia y sabiendo lo que pudiese acaecer después, el padre Ferrero escribió el 18 de noviembre de 1858 al Gobernador de la Provincia de Santa Fe, Rosendo Fraga, desde la localidad “Cantón de 9 de Julio”, informando de su cansancio por haber caminado toda la noche y gran parte del día, si bien no estaba atemorizado por lo que había sucedido.

La gestión positiva del Convento de San Carlos, en la Provincia de Santa Fe, y de la relación instaurada por los hermanos, en particular por el Padre Ferrero, con los pueblos indígenas de la región y el nacimiento de nuevas misiones llegaron a conocimiento del Gobernador de la Provincia de Corrientes, Pujol, quien deseaba regularizar en particular esa situación provincial. La Profesora María Mercedes Traynor Balestra 8 describe la llegada a Corrientes de los Hermanos misioneros de *Propaganda Fide* 9:

5 Pedro Iturralde. *Apuntes históricos sobre la fundación del Apostólico Colegio San Carlos*, 1934.

6 “Toldería” era el poblado aborígen hecho de cabañas y tiendas.

7 El viaje de Fray Costanzo Ferrero fue publicado por Néstor Tomás Auza, *El diario de viaje de Constancio Ferrero a Monte Aguaraz en 1857* en Archivo Revista de la Junta de Historia Eclesiástica argentina. T X, año 1968, pp. 63-100.

8 Texto citado en el Colegio Apostólico de los Franciscanos de *Propaganda Fide* en Corrientes. Custodia y administración del santuario por la Orden Franciscana, Diario Norte del 18 de setiembre de 2017. La Profesora María Mercedes Traynor Balestra es Profesora de Historia en Corrientes y ha publicado desde los años sesenta del siglo pasado algunos volúmenes y numerosos artículos sobre la historia correntina. En particular cfr. *La Virgen de La Merced y Corrientes*, Corrientes, 2004.

9 Sobre la llegada a Corrientes cfr. además Juan Jorge Schwind, *Historia de San Carlos*, San Carlos, 2006, versión digital 1era. Edición pag. 218.

El Delegado Eclesiástico y el Gobernador, a fines de 1856, fijaron la llegada a Corrientes en enero de 1857. Eran fray Gabriele Grotti, guardián con once hermanos: Adriano Casalis, Ignazio Riccioni, Marcello Osende, Colombano Masucci, Flaminio Galli, Aurelio Patrizi, Mauro Mazuferi e Fortunato Marchi y un hermano laico Pacifico Cabello, todos italianos. Se establecieron en el Convento de San Francisco y el 22 de enero en procesión y acompañados por el Gobernador Pujol, por el Delegado Eclesiástico, Pbro. Rolón, y otras autoridades civiles, militares y eclesiásticas, llegaron a La Merced -situada frente a la plaza principal- según los documentos de la época y allí en La Merced se cantó el *Te Deum Laudamus*.

El sermón de la Misa estuvo a cargo del Comisario Prefecto de la Misión, Hermano Costanzo Ferrero, que participó de las tratativas para establecerse en este lugar y acompañó a los hermanos en el viaje desde San Lorenzo a Corrientes. Al finalizar la Misa el Gobernador Pujol y el Delegado Eclesiástico, Padre José María Rolón, acompañaron al Padre Ferrero y a los otros hermanos en la toma de posesión del convento, que estaba en completa ruina. Los padres misioneros lo aceptaron así como estaba, con mucha satisfacción según las expresiones del padre Marcelo Osenda en la Relación Histórica que envió a las autoridades en 1867. El Gobierno se empeñó en ayudar a los hermanos para restaurar el convento y el templo. El Dr. José María Rolón era además Presidente de la Legistalura Provincial y en este cargo presentó al cuerpo legislativo un proyecto de ley para la cesión del antiguo Convento de La Merced a los Misioneros Franciscanos. La Ley n.º 989 fue sancionada el 30 de junio de 1858 y en su artículo 1º faculta al Poder Ejecutivo de acuerdo con la autoridad eclesiástica, para ceder la propiedad del Convento y del templo de la comunidad de los Mercedarios, ya extinguida, a los Reverendos Padres Misioneros residentes en esta capital. El artículo 2º determina que el Poder Ejecutivo deberá del mismo modo acordar con la autoridad eclesiástica sobre las obligaciones de los Padres en virtud de la cesión acordada en el artículo precedente. El Gobernador Pujol promulgó la ley el 10 de julio de 1858. Más tarde se reglamentó la presencia de los Padres Misioneros Franciscanos que se establecieron definitivamente en Corrientes. En 1861 llegaron de Italia, para establecerse en Corrientes, ocho sacerdotes y dos hermanos laicos. Con ellos llegaron también imágenes sagradas y ornamentos para la iglesia. El arribo de los misioneros del Colegio Apostólico de *Propaganda Fide* no se limitó sólo a la ciudad capital provincial de Corrientes sino que los misioneros franciscanos trabajaron con ahínco en distintas localidades del interior de la Provincia. En 1864 los trabajos de reconstrucción del templo se concluyeron dedicándolo a la Patrona de la ciudad.

El 7 de noviembre de 1859 el Padre Ferrero escribió desde el Convento de San Lorenzo un largo artículo de una veintena de páginas dedicado a la historia de la Orden franciscana en San Lorenzo entre 1780 y 1859. **10**

10 El texto apareció después de diez años. Cfr. Costanzo Ferrero, *Apuntes relativos a los principios, progresos y conclusión de la Iglesia y Apostólico Colegio de San Carlos*, en La Revista de Buenos Aires. Tomo XVIII, Buenos Aires 1869, pp. 193-209.

Dice el historiador Emilio Jullier **11** refiriéndose al Padre Ferrero:

*El servicio religioso del Padre Ferrero en San Carlos se inició después de Pascua en 1862 y se extendió hasta el mes de octubre del año siguiente, cuando fue sustituido por el Hermano Silvestro Tropini **12**, antes encargado de la reducción de San Jerónimo del Sauce. El fundador de la colonia San Carlos, señor Beck-Bernard y su esposa Lina tuvieron frecuentes relaciones con el padre Costanzo Ferrero; ellos lo tenían en gran consideración y muchas veces lo citan en el volumen *Le République Argentine*, publicado en Europa en 1865, en el que hablan de él con verdadera simpatía, a pesar de no ser católicos.**13** Beck-Bernard dice en el libro que el Padre Ferrero era un hombre inteligente y dotado de un gran espíritu de observación, un filósofo que hablaba de sus tribus neófitas “como Tácito con los germanos y Julio César con los Galos”. Continúa el señor Beck-Bernard diciendo que la tendencia del Padre Costanzo era sobre todo civilizadora; tenía un gran sentido práctico para afrontar el problema de los indios, problema que le preocupaba intensamente. En pocas palabras, reunía las condiciones necesarias para ser un gran misionero.*

11 Emilio Jullier, *San Jerónimo del Sauce. 1825. 150º aniversario*, 1975.

12 Miguel Ángel Piagentini. *Padres Franciscanos en San Jerónimo del Sauce*, cit., pp. 60-62:

Silvestro Tropini “nació en Sambuco en la Provincia de Cúneo, el 14 de marzo de 1825. Tomó el hábito franciscano en el convento de Santa María de la Paz en Chieri. Profesó el 23 de setiembre de 1847. Predicador y confesor en Turín, fraile menor reformado. En 1856 acompaña al explorador Esteban Rams y Robert en la exploración del Río Salado y Dulce penetrando en el Chaco. El 26 de enero de 1857 remontan el Paraná y se dirigen hacia la ciudad de Santa Fe, pasando por Santo Tomé. En las cercanías del Monte Aguarez, por problemas concernientes a la navegación se vieron obligados a detenerse por once meses. En este periodo el sacerdote conoció a los aborígenes del lugar, los mocovíes, quienes los proveían de animales que cazaban, intercambiando otros productos; en esa ocasión bautizó algunos niños. En 1858 estuvo a cargo de la reducción de El Sauce; en 1863 asistió como capellán al Padre Ferrero en la Colonia San Carlos. De regreso luego en el Convento de San Lorenzo donde residió hasta el 26 de diciembre de 1865, cuando probablemente volvió a Italia y sus rastros se pierden.

13 Juan Jorge Schwin, *Historia de San Carlos* cit., pag. 218.

La vida religiosa en la Colonia San Carlos en la época del Padre Ferrero

La primera misa en la Colonia San Carlos, fundada en 1858, fue celebrada en San Carlos Sud el día de la Epifanía de 1860 por el hermano piemontés Silvestro Tropini; como narran algunas cartas ¹⁴ el sacerdote llegó a la Colonia acompañado por una cincuentena de indios, todos a caballo, llegados de San Jerónimo del Sauce; el día era bellísimo con un cielo de color azul; sólo algunas nubes errantes, blancas e inmaculadas como la nieve, surcaban el firmamento. La temperatura era la de una estación de prolongada sequía como no se recordaba en el país desde hacía muchos años. El 9, 10 y 11 de enero cayeron abundantes lluvias que reavivaron el optimismo de aquellos trabajadores. Por la mañana las personas estaban ansiosas de realizar la ceremonia y vieron a lo lejos, avanzando por el largo camino que lleva a la colonia, al misionero Tropini, seguido por numerosos indios de El Sauce, todos a caballo, que venían a asociarse de esta forma a la celebración del primer oficio católico en San Carlos.

El colono Plácido Didier, que fue testigo de aquella tocante ceremonia, la describe brevemente en una carta enviada el 20 de febrero de 1860 y en ella dice:

los indios que acompañaban al misionero franciscano eran más de cincuenta, que apenas llegaron, descendieron de sus cabalgaduras, y dieron la mano a todas las personas presentes, con gesto “dulce y afectuoso” siguiendo la ceremonia con gran recogimiento.

Continúa el colono Didier que “para servir en la Misa vinieron niños de El Sauce, como también el cantor de aquella capilla” y manifiesta que al sentir la armonía de aquella música sacra no era posible contener las lágrimas de alegría, pero también contemplando a los indios que se unían a los colonos extranjeros en la celebración del acto religioso. Se destacaba el detalle de que las mujeres y las niñas indias tenían los pies desnudos, pero iban relativamente bien vestidas mientras que los hombres dejaban mucho que desear. ¹⁵

En 1942, en recuerdo de este episodio, el historiador Juan Jorge Gschwind solicitó la colocación de una placa con la indicación de la fecha de la primera Misa y del sacerdote celebrante.

La primera iglesia católica de la colonia estaba situada al oeste de la plaza de San Carlos Sud. Era un rancho con techo a dos aguas. En la pared sur había dos pilares de ladrillos que sostenían la campana. En la misma manzana estaba el cementerio católico y en los terrenos de enfrente la fábrica de cerveza San Carlos.

Después la Colonia, desde el punto de vista religioso, continuó estando a cargo de los misioneros de El Sauce. Para las fiestas de Pascua, fray Silvestro Tropini encargó al anciano abad Weber recibir las confesiones pascuales de los colonos, en tanto no entendía en modo alguno la lengua que se hablaba. El abad Weber se transfirió a la colonia para dar cumplimiento al encargo recibido. En esta ocasión los colonos católicos, con el conde Juan Bautista Tessieres de Boisbertrand, Juez de Paz de San Carlos, invitaron al abad Weber a permanecer entre ellos como párroco permanente.

¹⁴ Carta del 18 de enero de 1860 enviada por el señor Julio Rey al señor Juan Claudio Vougnoux, residente a Bellevaux citada en Juan Jorge Gschwind, *Historia de San Carlos* cit., pag. 213.

¹⁵ No estaban bien vestidos.

Después el abad Weber fue encargado por el Padre Costanzo Ferrero en calidad de capellán. De hecho por carta enviada desde Santa Fe el 3 de abril de 1862, el Gobernador don Patricio Cullen solicitaba al Rev. Padre Guardián del Colegio de San Carlos de San Lorenzo enviar dos religiosos a las colonias de Esperanza y San Carlos indicando que uno de esos religiosos debía ser el Padre Ferrero. En otra carta del 10 de abril el Gobernador Cullen pedía expresamente para la colonia San Carlos que el sacerdote fuese el Padre Ferrero.

El Padre Ferrero tomó posesión de la iglesia que había sido construida en 1861 en un terreno de propiedad de los señores Beck, Herzog y Cía., después de la Pascua de 1862; el templo fue bendecido bajo la advocación de San Carlo Borromeo el 13 de mayo de 1862. En uno de los libros de la parroquia se encuentra una nota que dice: “Este templo fue bendecido el 13 de mayo de 1862 bajo la advocación de San Carlo Borromeo”. Junto a este documento se encuentra la transcripción del oficio por el cual debe designarse el sucesor del abad Weber, encargado hasta aquel momento de las celebraciones religiosas católicas como capellán.

En uno de los libros de la parroquia se encuentra la transcripción del documento de nombramiento:

Gobernación ecuménica del Obispado de Paraná, 30 de abril de 1862.

Al Reverendo Padre Constancio Ferrero de la Colonia de San Carlos.

Invito a S.V., una vez realizada la solemne bendición de nuestro templo construido en la Colonia San Carlos, para tomar posesión como capellán, la administración de los santos sacramentos, hasta que con la mejor y más esmerada informaciones sea posible determinar lo más conveniente, como en el bien de las almas tanto deseo.

Con este motivo, os saludo, que Dios, nuestro Señor, nos mantenga por muchos años.

Firma: José M. Velasco. Gobernador del Obispado. Victoriano Tolosa, Secretario Adjunto.

Con la llegada del Padre Ferrero, se iniciaron lentamente los primeros registros parroquiales. El primer certificado de bautismo está fechado el 16 de mayo de 1862; recibió el sacramento el niño Juan Bautista Untermährer, hijo de Francisco y Catalina Gretter. El primer matrimonio católico registrado de la Colonia es del 20 de octubre de 1862, siendo los contrayentes don Juan Schärer y doña Rosa Kappler ¹⁶, mientras que en fecha 28 de agosto de 1862 se registra la primera acta de defunción referida a la señora Catalina Alais ¹⁷ de Veroglio, sepultada en el primer cementerio (temporario) de la Colonia San Carlos. El padre Costanzo Ferrero, bendijo el cementerio católico, el 27 de setiembre de 1863.

Lina Beck-Bernard, esposa del fundador de la Colonia de San Carlos, en su libro *El Río Paraná*, traducido por el escritor e historiador José Luis Busaniche ¹⁸, pone en evidencia la obra sacerdotal de los misioneros franciscanos, en particular del Padre Ferrero. Transcribe en su obra varias páginas escritas por Fray Costanzo Ferrero sobre la vida de los indios del norte de la Provincia de San Fe. Dice la señora Beck-Bernard que el Padre Ferrero era un hombre de rara energía y que su trabajo estaba destinado sobre todo a favorecer a los indios. Termina el capítulo con las siguientes palabras:

¹⁶ Anteriormente algunos matrimonios de colonos de San Carlos habían sido celebrados en la capilla del Sauce por fray Silvestro Tropini.

¹⁷ Probablemente Allais.

El Padre Costanzo, quien trabajaba sin descanso, es hoy capellán en la colonia agrícola europea de San Carlos, a pocas leguas de Santa Fe. No creemos en absoluto que este valeroso pionero de la civilización del Chaco haya puesto fin a su carrera de riesgos y sacrificios.

El 19 de noviembre de 1863, el guardián del Convento de San Lorenzo, Fray Francesco Tavolini, comunicaba al Gobernador Patricio Cullen que Padre Ferrero dejaba su cargo en San Carlos para asumir como Secretario de la Delegación Apostólica en Buenos Aires, y que sería reemplazado en la colonia por Fray Silvestro Tropini.

Terminó así la obra apostólica del Padre Ferrero, primer capellán residente de la Colonia San Carlos.

La vida religiosa en la Colonia San Carlos después de la partida del Padre Ferrero.

En 1864 está nuevamente en San Carlos, Fray Silvestro Tropini; ese mismo año es designado Capellán de la Colonia el misionero apostólico del Convento de San Lorenzo, Fray Marino Macagno.¹⁹ En 1855 es Fray Aurelio Luvisi quien se ocupa de la colonia: entre sus distintos cargos tiene el de vicario, visitador, guardián y Comisario General de todos los colegios de su orden en la República Argentina. En 1867 los Padres Federico Teves (jesuita) y Antonio Pon cumplen la función de Capellán. En 1868 otros cuatro sacerdotes se ocuparon de la Colonia: Pietro Facelli, Carlos Gaetano Marinetti, Nicola Pesole y Fray Attanasio Montanari.

El progresivo aumento de la población del nuevo centro urbano surgido entorno a la pequeña capilla, llevó a los colonos a realizar el proyecto de construcción de un nuevo templo más grande.²⁰ El proyecto, gracias a la contribución del comité de promoción local, el gobierno nacional y los mismos colonos, se realizó en 1870, año en el cual se dio inicio a la construcción del nuevo templo.

¹⁸ El volumen de Lina Beck-Bernard titulado *Le Rio Paraná, cinq année de séjour dans la République Argentine* fue escrito en francés y publicado en París en 1864. Traducido por José Luis Busaniche como *Cinco Años en la Confederación Argentina 1857-1862*, Santa Fe 1991.

¹⁹ Miguel Ángel Piagentini, *Padres Franciscanos en San Jerónimo del Sauce* cit., pp. 77-79. "Fray Marino Macagno nació en Cassine, Provincia di Alessandria, el 3 de setiembre de 1826. Había profesado y recibido las órdenes franciscanas cuando llegó a la Argentina con sus hermanos Andrea y Giorgio. En diciembre de 1861 fue designado coadjutor de P. Silvestro Tropini en la Reducción de San Jerónimo del Sauce. Dice el historiador Ersilio Jullier en su libro sobre la historia de San Jerónimo Norte, sobre la personalidad del Padre Macagno que se distinguía por el apostolado que ejercitaba entre los primeros grupos de italianos que habían comenzado a llegar a la Provincia de Santa Fe. Estuvo allí sólo tres meses. Volverá como Presidente de la Reducción en el período 1878-1886. Entre las primas de Macagno, cuatro eran religiosas: Teresa e Innocenza, pertenecientes a las Josefinas; María Speranza y Maria Pia, Nuestra Señora del Huerto. Otros familiares fueron sacerdotes, Monseñor Macagno y el Presbítero José Macagno. Marino Macagno fue maestro de escuela en San José de la Esquina y San Jerónimo del Sauce. Formó parte del Comisariado de Tierra Santa. En 1888 se alejó de la Orden Franciscana. En Pilar, Provincia de Santa Fe, entre 1878 y 1881 participó de la construcción de la primera capilla. Desde noviembre de 1883 se asentó en el departamento Las Colonias. Murió en Buenos Aires el 6 de noviembre de 1899. Su hermano Andrea falleció dos años después a la edad de 86 años". Entre otros hermanos citados por Piagentini presentes en San Jerónimo del Sauce figura, alrededor de 1890, Fray Francesco Guazzotti, probablemente también él de orígenes aleandrinos.

²⁰ La población de la Colonia San Carlos en 1859 era de 28 familias católicas y 23 protestantes. En 1864 eran 447 católicos y 284 protestantes; en 1870 los católicos eran 1667 y los protestantes, 555.

Departamento de Culto, Buenos Aires, 14 de marzo 1870.

Después de haber solicitado la Colonia San Carlos, Santa Fe, la cooperación del gobierno para construir un templo en esa colonia, y considerando: que es oportuno proveer de un templo acorde con la población que aumenta día a día, el Presidente de la República se compromete a poner a disposición del Magistrado de la Colonia San Carlos la suma de 100 piastras al mes para el objeto indicado no bien se tenga noticia acreditada del inicio de la construcción del templo. Este gasto debe incluirse en la voz 9, voz 1ª. Artículo quinto del Presupuesto corriente. Al Registro Nacional. Sarmiento - N. Avellaneda.

La primera piedra del nuevo templo se colocó el 22 de mayo de 1870. Los directores de la estructura de sostén fueron don Domingo Bernardi, luego don Tomás Lubary y el párroco de la iglesia, Padre Federico Teves. ²¹ Este último era quien tenía mayor interés en desarrollar la acción cristiana y también quien promovió luego la construcción de las naves laterales; el señor Felice Francia se encargó de concluir el trabajo, viajando a Italia y trayendo algunos modelos.

Los hornos de ladrillos destinados a la construcción se instalaron en un ángulo del templo, lugar donde actualmente funcionan las oficinas del Banco Nación. Los fieles contribuyeron con el transporte de los ladrillos y del material desde el horno hasta el sitio del templo. Gran parte de la nave central estuvo construida para el 5 de julio de 1874 y los trabajos prosiguieron prontamente en los meses siguientes con el objetivo de finalizar la construcción. El 4 de noviembre del mismo año se abrió a los fieles la nave central del nuevo templo con una misa celebrada el día del Santo Patrono San Carlo Borromeo. Las naves laterales y el piso de la casa parroquial se completaron en 1890 gracias a las contribuciones de los colonos. Para llamar a la población a la Misa se usaba una pequeña campana. Tres años más tarde los señores Felice Francia y Luigi Ottolina concluyeron la construcción del campanario, de cuarenta metros de altura, y en 1889 se instaló la primera campana. Quince años después, en 1914, por iniciativa del Padre Carlos Macagno se compraron tres nuevas campanas realizada por la fábrica Bellini. ²²

La más grande pesa 1243 kg y se remonta a 1927; la mediana pesa 550 kg y la más pequeña, 290 kg; esta última no se encuentra ya en el campanario ya que fue sustituida en 1992 por una campana donada por la fábrica Luis Bellini y Cía., en ocasión del 100° aniversario de la fundación de la empresa y del 130° de la fundación de la parroquia San Carlo Borromeo. El reloj fue construido por Luigi y Celestino Giraud; ellos comenzaron en 1889 y lo terminaron cinco años después. El cuadrante ha sufrido distintas modificaciones; el primero era de chapa con número romanos del I al XII; más tarde, la numeración digital con los números pares y finalmente las mayólicas con números romanos. Actualmente el reloj funciona con un sistema computarizado de origen italiano, que permite programar el sonido de la campana cada treinta minutos. El movimiento de las manecillas es electrónico con un mecanismo de recuperación automático del tiempo en caso de una eventual interrupción de la corriente eléctrica.

²¹ Fue Párroco de la Colonia San Carlos desde 1873 a 1883.

²² La fábrica de campanas Bellini, aún existente, es la más importante fábrica de campanas de Sudamérica; fue fundada a fines del siglo XIX por la familia Bellino (luego el apellido se transformó en Bellini) originarios también ellos de Villafranca Piemonte.

El célebre escritor Edmondo De Amicis, que visitó la Argentina en 1884, se detuvo algunos días en la Colonia San Carlos **23** y dijo:

Y como de la descripción del país sobrevuelo a la de las colonias menores -muchas designadas con nombres italianos: Garibaldi, Cavour, Nuova Torino, Bell'Italia-; colonias que visité con un amigo piemontés, rápidamente- para llegar a detenerme en la de San Carlos, que es la mayor colonia de nuestros connacionales. [...] Era un día de abril, es decir de otoño, hacia el atardecer. Habíamos equivocado el camino muchas veces; la colonia de San Carlos estaba todavía lejos; los caballos se caían de cansancio; lamentábamos llegar en la oscuridad de la noche. Porque es triste viajar al anochecer por aquella vasta y solitaria llanura, de un aspecto no muy distinto, en aquella hora y en esa estación, de la pampa selvática. El sol tocaba el horizonte. Por muchas horas no encontramos a nadie, no se veía casa alguna. Nuestros dos carruajes eran como dos barcas perdidas sobre el rostro de un mar muerto, y en aquel andar lento y silencioso sobre aquella alfombra de hierba infinita, también nosotros callábamos, por largo tiempo; cuando nuestro amigo argentino, mirando el horizonte, vio una nube de polvo, y apuntando el catalejos, dijo estas palabras que nos hicieron temblar: -Me parece ver una bandera. -¿Quién podía ser? Dentro de la nube de polvo vimos una manchita negra, luego dos, después otras: parecía una fila de carros. Apuramos los caballos. -Señores- exclamó en argentino: ¡Es la bandera de vuestro país! En pocos minutos estuvimos a diez pasos del primer carro, que se detuvo – nos detuvimos- todo el convoy hizo alto. Eran diez volantas, carros agrícolas largos, de cuatro ruedas, ligeros y pintados con vivos colores, tirados por dos caballos cada uno, adornados con borlas rojas y ramas; el primer carro con la bandera; todos llenos de colonos italianos, campesinos, obreros, trabajadores, artesanos, la mayor parte piemonteses. Todos saltaron a tierra y vinieron a nuestro encuentro, gritando: -¡San Carlos! ¡Dónde está nuestro compatriota? - ¡Ah! Qué les importaba que el compatriota fuese un pobre personaje, indigno de aquella gran cortesía: era un hijito de la gran madre lejana, al cual los hijos del país, los argentinos le habían hecho la cortesía, y aquella cortesía estaba dirigida a ellos, que sentían orgullo y le estaban agradecidos. Su compatriota se lanzó del carro diciendo gracias en su corazón; y no fue necesario que hablase: ellos entendían que toda su alma desbocaba de simpatía y gratitud hacia ellos, bravos y buenos hermanos, que a cinco mil millas de distancia les hacían sentir el aliento y la caricia de la patria. - ¡Usted está en su casa!- dijo el que parecía el jefe de la comitiva. -¡En San Carlos!- gritaban los otros y todos volvieron a subir a las volantes. Las fustas chasquearon, los caballos se lanzaron al galope, se alzó un coro de voces alegres y de risas -se devoraba el camino- y parecía haber cambiado el mundo a mis ojos. Nadie hablaba al principio, en la primera volante donde había subido, en medio de cinco o seis agricultores, todos pulcramente vestidos, rasurados. Reían, se frotaban las manos, como diciendo: -Ahora estaremos contentos.- Luego comenzaron a llamarse de un carro a otro en piemontés y en lombardo, llamándose para no romper la fila y así hacer una bella entrada en la colonia. Mis vecinos me palmeaban en las rodillas con una familiaridad amorosa, diciéndome: - Ahora no está más en América; está en su país, en Piemonte; es más, en familia. Verá -decían- la colonia de San Carlos. Allá somos todos patriotas, miles de piemonteses, la colonia más bella de Santa Fe. Lo llevaremos mañana a la misa grande. -Miles de piemonteses, en efecto; en el consejo comunal se habla piemontés: los alemanes, los ingleses, los franceses que hacen negocio con la colonia, necesitan aprender el dialecto y lo aprenden. Pero habría visto bien otra cosa. Los caballos volaban; en pocos minutos llegamos a la pequeña colonia del Sauce, donde había algunas familias de indios. Lo carros se detuvieron. -Escuche- me dijo mi vecino de la derecha: y dirigiéndose a una vieja india envuelta en un manto de cien colores, un extraño rostro color tierra, con los ojos oblicuos y fijos, y una sonrisa de hechicera: ¿Cree que tendremos lluvia, cina? Le preguntó. La india respondió en piemontés: mai pi! mai pi!- Vio- me

23 Las impresiones sobre la visita de Edmondo De Amicis a la Colonia San Carlos aparecieron en el volumen *In America* publicado por Enrico Voghera Editore de Roma solamente en 1897. Cfr. Edmondo De Amicis, *In America*, Roma 1897, pp 51ss.

respondió triunfante el vecino- también los indios! Y aún no me había repuesto de esta maravilla, cuando todo el convoy se había lanzado a toda carrera a través del campo desierto, más ruidoso y festivo que antes. Al caer la noche llegamos a San Carlos, en las casas brillaban las luces, las familias estaban en las puertas, los chicos gritaban: -¡Son ellos! ¡Son ellos!- Los carros hicieron un doble giro rapidísimo alrededor de la plaza, en medio de los saludos de los amigos y conocidos, y luego se detuvieron delante de una pequeña casa, donde una buena mujer alejandrina y su marido colono me ofrecieron hospitalidad con estas cinco queridísimas impagables palabras que no escuchaba desde hacía tiempo: -Cerea, monsù: ca vena avanti. Allá entraron todos, y fue una conversación cálida de muchas horas durante las cuales todos me contaron la historia de la colonia, que algunos de los presentes habían visto nacer, alrededor de treinta años antes. Entonces no era más que una vasta planicie sin cultivar, recorrida por rebaños de búfalos y caballos salvajes. Los principios fueron difíciles. Los asaltos de los indios y siete invasiones de langostas en siete años sucesivos expusieron a los colonos a durísimas pruebas. Pero el trabajo infatigable, la audacia desesperada y la feracidad del terreno terminaron por vencerlas. Hoy es una de las colonias más prósperas del país, rica de bellos edificios y molinos, riquísima de máquinas agrícolas, habitada por un gran número de familias que pasaron de la pobreza al bienestar en pocos años. En los primeros tiempos surgieron discordias religiosas que tuvieron como efecto la fundación de tres poblados vecinos, en uno de los cuales se reunieron los indiferentes, en otro los protestantes y en el tercero los católicos. A esto habíamos llegado. Para el europeo es novísimo el aspecto de estos poblados o plazas como las llamaban, que son el corazón de la colonia, el cuartel general de aquella población invisible, esparcida a grandes distancias, como un cuerpo de ejército diseminado en gran número en pequeños "destacamentos". No es ni un pueblo ni una ciudad: nosotros no tenemos algo igual. Es el trazado de una ciudad grande, o como una página de apuntes con palabras y frases aquí y allá, separadas por grandes lagunas: una sola y vasta plaza rectangular, rodeada de pequeñas casas rosadas o blandas, de un solo piso, entre las cuales se abren las embocaduras de grandes calles que no existen: -casas de pueblos, calles de metrópolis-; un despilfarro principesco de espacio; -una simplicidad primitiva de formas y colores- luces a torrentes- y el aire de la llanura infinita: no sé qué de juvenil y audaz, que habla de libertad y de esperanza. Allá está la casa municipal- el juez de paz – el médico-; la escuela a la que los niños llegan a caballo; pocos negocios, una iglesia modesta, a la que asisten los colonos el domingo desde grandes distancias en volanta. Los días de fiesta, hay un gentío por la mañana y un enjambre hasta la noche; todos los otros días, una paz de convento, y el silencio inmenso del campo.

Habían tenido razón al decirme: -Es necesario ver la mañana del domingo.

A la mañana siguiente, a la hora de la misa, los nuevos amigos me condujeron por un boulevard flanqueado de eucaliptos y de álamos, que va desde el poblado católico a los otros dos. Me decían: -Verá que lo impresionará. -Y en efecto, apenas estuvimos en camino, bajo un sol tibio de otoño, vimos venir a la carrera un carro detrás de otro, de a cinco, diez en fila, cargados de gente: familias enteras, abuelas, viejos, muchachos, madres con sus niños al cuello, grupos de niños; cada veinte pasos campesinos a caballos, y también mujeres, sentadas en sus monturas como los hombres; todos vestidos de fiesta; casi todos piemonteses. Los reconocía por sus ropas. Eran aquellas chaquetas de terciopelo negro, aquellos largos cabellos oscuros, aquellos pañuelos en la cabeza, aquellas cofias, aquellas vueltas de collares, aquellos colores; pero sobre todo, aquellos rostros, aquellas actitudes; eran nuestros campesinos, nuestras nodrizas, nuestras hilanderas; eran los conscriptos del Canavese y del Monferrato; era el Piemonte vivo y genuino que me alcanzaba, bajo aquel bello cielo de América, entre aquellas dos franjas de terreno cultivado, que parecía nuestra campiña. ¡Oh querida y bella visión! Mi engañada imaginación buscó por un momento en el horizonte las pirámides blancas de los Alpes; miles de recuerdos de la infancia y de la adolescencia me inundaron el alma todas juntas; y me pareció haber volado sobre el Atlántico, como en un sueño, y que todo tuviese que transformarse o desaparecer de un momento a otro.

Y no terminaba de pasar. La fila de los carros delineaba de negro la calle hasta donde llegaba la vista. Una nueva volanta era un nuevo placer para nosotros, un soplo de aire del Monviso que nos acariciaba la frente, una nota amorosa de la voz de la patria que nos mezclaba la sangre en el corazón. -Es una satisfacción, ¿no es verdad?- me dijo uno de los colonos, mirándome a la cara. -Pero es necesario ver la salida de la misa.- Y para no perderla volvimos atrás. Alrededor de toda la plaza había centenares de volantas y de un lado una larga fila de caballos ensillados con sus cinchas tricolores. La iglesia estaba colmada de gente; muchos campesinos oían misa desde la puerta, de rodillas y de pie, con el sombrero sobre el pecho. -Esperemos aquí- me dijeron mis compañeros. -Ahora verá. Apenas salgan vendrán todos a pedirle noticias del pueblo. Tenga paciencia, pobre gente. A ellos les gustará. Poco después comenzó la salida lenta de la multitud. Volví a ver de cerca todos estos rostros, estos pañuelos, aquellos collares, un enjambre de muchachos y niñas que se llamaban por el nombre entre el gentío con los diminutivos y con las distorsiones usuales de los nombres piemonteses; y reconocía las pronunciaciones del pinerolese y del alesandrino, de los valles del Po y del Dora, todavía puros como en la patria. Algunos, llamados por mis compañeros, comenzaron a acercarse; en pocos minutos tuve alrededor una muchedumbre. No tuve necesidad de interrogar a nadie. Me dijeron uno después de otro de qué pueblo eran. -¿Cómo están las cosas allá?- me preguntaron muchos. -¿Qué noticias nos trae? - Algunos me pidieron noticias de sus parientes como si viniendo de Italia tuviese naturalmente que conocerlos y haberlos visto. Otros quedaban maravillados, y reían entre ellos, oyéndome decir el nombre de un viejo intendente o de un antiguo secretario comunal de sus pueblos. Luego me hacían mil preguntas extrañas todos juntos: -Si había venido a comprar tierras – si sabían si se había terminado un ramal del tranvía a vapor en su distrito en Italia – si habían despedido la clase 1861 – si había muerto un vicepárroco de un barrio.- Pero díganme Uds. -interrumpí- ¿cómo se encuentran en América? - Fue una confusión de respuestas curiosísima: hablaban en voz alta veinte al mismo tiempo. Quién se quejó del vino, quién de los abogados, quién de los acaparadores del cereal, quien del ferrocarril de las colonias que nunca se hacía (Ahora ya está hecho). Poco a poco tomaban confianza. Un colono me pidió un consejo acerca de un conflicto. Una campesina friulana me preguntó si quería llevar una carta a Italia a su hermano carabinero. - Ha hecho bien en venir a vernos- decían-tocándome un hombro o apretándome un brazo.- Venga a tomar un vaso de vino a nuestra casa. Quédese un tiempo, unos meses con nosotros, ¡para ver! - y mientras los más cercanos hablaban, los que estaban alejados, inmóviles, asomaban la cara para sentir, y tenían los ojos fijos sobre mí, con una expresión de estupor, como si la presencia de aquel conciudadano llegado recién de la patria despertase en ellos los recuerdos, los pensamientos nuevos y confusos; como si tuviesen algo en el alma, que habrían querido, pero que no osaban o no sabían decirme [...]

Desde febrero de 1897 estuvo a cargo de la parroquia de San Carlos, el P. Luigi Chiara 24 de Buttigliera d’Asti.

24 Juan Jorge Gschwind, *Historia de San Carlos cit.*, pp. 230 ss. “Nacido a Buttigliera d’Asti el 13 de abril de 1857. Terminados los estudios primarios en su pueblo natal, entró en el Oratorio de San Francisco de Sales en Turín, en 1872 realizó cursos de Filosofía y en 1874 de Teología. En noviembre de 1877 se embarcó a la América del Sud en compañía del sacerdote Luigi Lasagna. En el Colegio Pío de Villa Colón enseñó por años Historia y Geografía. En 1879 obtuvo la dispensa del Arzobispo de Buenos Aires para la ordenación sacerdotal a la edad de 22 años. Celebró su primera misa el 6 de enero de 1880 en la iglesia parroquial de San Carlos de Almagro de los padres salesianos. Pasó después cuatro años en la Patagonia en calidad de párroco y maestro de escuela, retornando a Buenos Aires en 1884. En diciembre de 1884 obtuvo la anulación de los votos que lo ligaban a la Congregación Salesiana. Se trasladó a la ciudad de Paraná, sede la Curia Eclesiástica y fue admitido en la diócesis con el cargo de Capellán del coro del hospital. El 21 de marzo de 1885 se presentó ante el Obispo Gelabert y Crespo que lo nombró Vicario de la parroquia de Santa Lucía en Corrientes, donde estuvo durante dos años. Luego fue Capellán en Pilar, donde residió diez años. El 6 de enero de 1897 algunos habitantes de San Carlos solicitaron al Obispo que el P. Chiara fuese nombrado Párroco de la Colonia, cargo que asumió el 1º de febrero de ese año. El P. Chiara permaneció en San Carlos hasta el 27 de marzo de 1902, cuando se transfirió a Calchaquí donde falleció al comienzo del año 1936.

Ese año la diócesis del Litoral fue desmembrada, creándose las de Santa Fe y Corrientes. En calidad de Obispo de Santa Fe fue nombrado el Obispo de Aulon, don Juan Agustín Boneo, que tomó posesión de la diócesis el 30 de abril de 1898. El Obispo Boneo solicitó la renuncia a todos los párrocos y capellanes de la Provincia para organizar mejor su diócesis. En aquella ocasión el P. Chiara fue destinado a la parroquia de Cañada de Gómez. Se levantaron protestas de los fieles para que el P. Chiara no fuese trasladado de San Carlos, sin éxito. Después de haber sido Párroco por dos años, el P. Chiara prefirió permanecer en San Carlos como simple maestro de la escuela parroquial a la cual asistían alumnos de todas las colonias vecinas.

El historiador Gschwind ²⁵ en su obra publica una sentida carta que el P. Chiara le enviara el 17 de abril de 1932:

Y todavía hoy, después de treinta años, cuando celebro la Santa Misa y cuando, en ausencia del Párroco de Calchaquí, administro el Santo Bautismo a una criatura uso un cáliz, un misal y me visto con un bellissimo roquete blanco con estola blanca y violeta ricamente bordado en seda oro y plata, que me regalaron los sancarlinos el 26 de mayo de 1902, el día de mi partida a este pueblo. En mi vida olvidaré a San Carlos y a su gente: no pudiendo devolver tantos favores rezo y rezaré incesantemente por ellos. Disculpe Sr. Gschwind esta explosión de mi alma. Soy un anciano con miles de achaques que minan mi existencia; pero cuando me hablan de San Carlos y su gente me siento rejuvenecer y tomo fuerza de la debilidad.

Últimos sucesos en la vida del Padre Ferrero

En 1864 el P. Ferrero deja el Convento de San Lorenzo y el 26 de octubre de 1865 obtiene la Parroquia de Goya, en la Provincia de Corrientes, cargo que atendió hasta el 24 de junio de 1872. Luego se desempeña como delegado eclesiástico del Obispado de Paraná en Corrientes, terminando su carrera sacerdotal en Esquina (Corrientes) el 25 de octubre de 1881. Se transfiere a Goya, siempre en la Provincia de Corrientes, donde muere el 24 de diciembre de 1898, a la edad de 76 años.

Según su última voluntad fue sepultado en un lugar agreste en su casa de campo cerca de la ciudad correntina. El acta de defunción está registrada en el con el número 204 del libro 5 de la Municipalidad de Goya donde aparece como Antonio Costanzo Ferrero, si bien siempre firmó como Costanzo Ferrero tanto en sus escritos como en los documentos. ²⁶

En 1942, en ocasión del 80° aniversario de la bendición del primer templo de San Carlos Centro, se constituyó una comisión que se ocupó del traslado de los restos del P. Ferrero de Goya a San Carlos. Este evento apareció en el diario *El Comercio* el 26 de setiembre de 1942; en el número del 3 de octubre del mismo año ²⁷ se describe la ceremonia fúnebre del 27 del mes anterior:

La ceremonia en la iglesia parroquial.

Profunda solemnidad tuvo la ceremonia realizada en el templo parroquial, constituyendo un evento sin precedentes en la historia religiosa de San Carlos. Mucho antes de la hora de inicio, se encontraba reunida una concurrencia extraordinaria que fue aumentando gradualmente. Las

²⁵ Juan Jorge Gschwind , *Historia de San Carlos cit.*, p. 232.

²⁶ *Ibidem*, p. 222.

²⁷ En Juan Jorge Gschwind, *Historia de San Carlos cit.*, pag 224 ss

naves de la iglesia acogieron una gran cantidad de personas que llegaron al sacro recinto con la necesidad de elevar sus plegarias en aquel acto piadoso. Se celebraba una misa y responso por el alma de quien fue su Capellán, y el pueblo fiel a su tradición cristina le ha dado un patrocinio cautivante. Mujeres y hombres acudieron al generoso llamado en gran número y con tanto fervor que su presencia fue el signo indiscutible de un estado de ánimo colectivo. Depositada sobre un túmulo la urna que contiene los restos del P. Ferrero, junto a sus familiares que encontraron ubicación en el sitio principal del templo, los miembros de la comisión mixta de recepción y homenaje. Música y canto de sugestión fúnebre se ha dejado oír durante el oficio sacro en el cual, con la colaboración de nuestro Párroco, han participado el R.P. Joaquín Dueca, del Convento de San Lorenzo, y el padre franciscano Gentil Sosa. En la unción conmovedora con la cual fue seguido el acto se intuyó la súplica por la cual reposa en la paz del Señor desde hace algunos decenios. Trasladado que fueron los restos al atrio de la iglesia, el Presidente comunal y el Presidente a su vez de la Comisión de Homenaje y Recepción, realizó la entrega de los restos al Párroco Pbro. José T. Maxwell precedida de oportunas palabras que fueron premiadas con grandes aplausos.

Las cartas obrantes en el Archivo Histórico de San Carlos Centro nos confirman la presencia en el acto de los parientes del P. Costanzo Ferrero, entre los cuales Amancio Ferrero (probablemente residente en esa época en Goya, Provincia de Corrientes) y el Prof. Ángel P. Ferrero, de La Plata. No pudo participar otro pariente, José F. Ferrero, de La Plata, que envió una carta.

La lápida que recuerda el traslado del P. Ferrero de Goya a San Carlos en 1942 está colocada en la fachada de la iglesia parroquial dedicada al Santo Patrono San Carlo Borromeo, frente a la plaza de la ciudad de San Carlos Centro.

Giancarlo Libert, Silvana Neumann

*Traducción: María Luisa Ferraris
Santa Fe, enero 2018.